

se expresaban esos á quienes veíamos como los enemigos naturales de nuestra nacionalidad. Y era que pensaban aquellos hombres en francés, obedeciendo á la inmensa sugestión que la literatura, la ciencia, la filosofía, la tribuna francesa ejercían sobre sus cerebros. España nos había hecho la sangre, el carácter, buenos ó malos, quisiéramos ó no quisiéramos; Francia nos había hecho el alma, le había dado forma: siempre fué la gran escultora de almas.

☞ Ofuscados así, seguros de que nada la debíamos, sino algo tan insignificante que no valía la mitad de uno de los buques de la escuadra que pudiera mandar á nuestras costas, Francia no era, no podía ser temida. Ignorábamos las cosas; conocíamos la Francia de Hugo, de Lamartine, Lamennais ó Pelletan, y los hombres serios, la de Thiers, Guizot, J. B. Say y Bastiat, es decir, conocíamos la Francia de los libros; pero la Francia política que había nacido en la aventura siniestra de Diciembre nos era desconocida. ¡Oh! no, nos decíamos, la Francia que acaba de libertar á Italia no apoyará nunca una reacción clerical; en Roma sostiene á Pío IX el Gobierno imperial para tener grata á la mayoría católica de la nación francesa y para impedir que el Papa llegue á las medidas ultra-reaccionarias; un Napoleón puede ser un político, jamás un bigot. Y todo ello era verdad, pero no era la sola; había otros datos del problema, que desconocíamos, era el jefe del Gobierno francés, tenido entonces por el dictador y árbitro de la política europea. La intervención francesa en Méjico, inesperada, inverosímil, insensata, es un caso de psicología; nació, no de la lógica de los sucesos, sino de la lógica de una evolución psíquica; fué un pensamiento de la juventud de un soñador, realizado en la edad madura de un déspota. Lo que hacía por extremo difícil esa incógnita era que, quien concebía dar cuerpo y vida á una misión de Francia en América, no se daba cuenta á sí mismo, no tenía conciencia clara ni de esa misión, ni de ese designio: todo flotaba en su imaginación con formas vagas, todo era indeciso en ella; en el cerebro de Napoleón III todos los ensueños parecían engendrados por el alcohol, el terrible alcohol de su ambición, que él creía el anhelo del bien y que no era más que la sorda é implacable fiebre del poder. Aquel hombre se medía todas las noches con la talla de su tío y se encontraba siempre Napoleón el Pequeño; quiso ser tenido, como el César corso, por un gran engendrador de combinaciones guerreras: la guerra de Italia le mostró que no era un capitán. Había que tomar otro camino para ser tan grande como su antecesor; alguna cosa de trascendencia colosal, realizada sin armar á Europa en su contra. Y pensaba, pensaba siempre en eso este hombre que se dejaba llamar UN NAPOLEÓN DE LA PAZ: no hay Napoleones de la paz, Napoleón quiere decir GUERRA, y todas las combinaciones del emperador de humor pacífico resultaban bélicas. Y á nadie decía nada de su lucubración abscondida, porque, educado en la vida de conspirador, en que una indiscreción lleva á la horca, se reservaba siempre un secreto grave de trascendencia mundial en el cerebro de detrás del cerebro. En Europa se había ostentado mantenedor, casi paladín, del principio de las nacionalidades, cónicamente desconocido en el Congreso de Viena; y por aquí rompía las cadenas de Italia, por allá palpaba con mano aira-

da las de Polonia, acullá las de Hungría, las de los principados Danubianos... En América, su punto de vista era etnológico, era otro principio, el de las razas: delicado, intrincado, confuso, infijable (no hay razas en realidad); pero por lo mismo, atrayente en grado superlativo para aquella naturaleza que había hecho de lo impreciso su imaginario dominio. El problema se planteaba así: la raza latina en América decrece por la guerra civil y las malas condiciones económicas, en proporción que aumenta la anglo-sajona; caracteriza á ésta una fuerza de expansión prodigiosa, de donde resultará, en tiempos no lejanos, la absorción del Continente de Colón por los norte-americanos, lo que sería de enormes consecuencias económicas y sociales para Europa. Toca á Francia intentar impedir esto, aunque sea sacrificando su dinero y su sangre; no sería la primera vez; es el papel providencial de los franceses, GESTA DEI PER FRANCO...

☞ Llegó en esto á noticias de Napoleón la casi inesperada del comienzo de la guerra civil en los Estados Unidos: será muy larga la guerra, decían unos; acabará con la Unión, pensaban los otros. Los ensueños de César cristalizaban rápidamente.

☞ Veremos cómo, en el decurso de los sucesos.

☞ Nuestro Gobierno, que no sabía de qué Francia se trataba, porque creía que gobernaba la Francia de las ideas y no la de los egoísmos despiadados, la del placer y del agio; no Atenas, sino Babilonia (como la llamaba en un libro, que era un hierro candente, Eugenio Pelletan), dejaba ir las cosas. Además, el reconocimiento del Gobierno por Dubois de Saligny, el nuevo ministro del Imperio francés, parecía alejar todo plan, proyecto ó quimera de intervención. En lo que Juárez y sus ministros estaban profundamente equivocados.

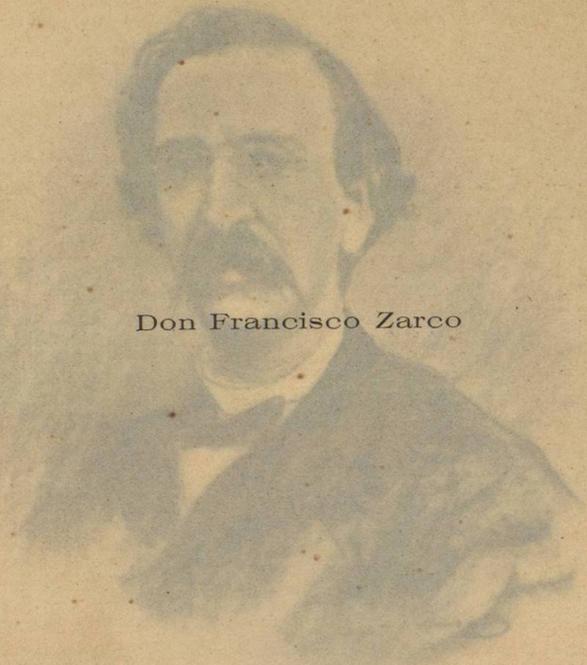
☞ Sería perfectamente inútil negar que lo terriblemente precario de la situación había traído consigo, por inevitable modo, la intervención diplomática de las cuatro potencias de primer orden con quienes estábamos en relaciones necesarias (é incluimos á España entre ellas, porque para nosotros, por nuestra geografía y nuestras circunstancias políticas é históricas, España hacía el papel de potencia de primer orden, aunque no lo fuese en Europa). Los representantes de estas naciones hablaban de apoyo moral, de mediación amistosa para terminar la guerra civil; pero en cuanto estas santas disposiciones se traducían en actos, resultaban éstas exigencias brutales, humillantes, sin justicia y sin derecho, iniquidades é injurias: así lo han hecho todos los fuertes con todos los débiles; con pretexto de civilizar, lo primero que se ha hecho pedazos bajo el carro de las naciones civilizadoras es la vida, la propiedad, la libertad, el honor de los protegidos. Tal era nuestra situación; esto se hizo con Méjico. Teníamos por cierta, por ineluctable, la guerra con España: lo mismo se pensaba en los Estados Unidos, y todos sabían que los emigrados mejicanos intrigaban sin cesar en Madrid y en París para obtener, según la propuesta formal de D. José Hidalgo en su famosa carta al ministro de Estado español Calderón Collantes, un protectorado europeo, español sobre todo, en Méjico. A pesar de que en el fondo quizás el Gobierno español no estaba dispuesto á venir sin Francia por el temor á los Estados Unidos que podía causarle tremendas complicaciones en Cuba; á

medida que la Unión americana iba entrando en el gran charco de sangre de la guerra civil, y conforme se aclaraba en los Gabinetes la conciencia de que el conflicto perduraría y de que la secesión sería inevitable, los deseos del Gobierno de la Reina Católica tomaban cuerpo y se hacían gallardamente ostensibles.

☪ Desde antes de la convención de Londres, cuando el secretario de Estado de Abraham Lincoln propuso al Gobierno de Juárez pagar durante cinco años por cuenta de Méjico los intereses de nuestra deuda exterior consolidada al tres por ciento, España dejó ver su decisión de no contentarse con satisfacciones monetarias, sino de exigir las que resultan del empleo victorioso de la fuerza. Y poco después, cuando ya los Estados Unidos estaban maniatados por la necesidad de los esfuerzos supremos contra los confederados, cuando la Europa occidental creyó necesario unirse para crear una monarquía en Méjico, entonces su lenguaje subió de tono, y calzó el coturno; entonces habló de «hacer ondear en el Golfo Mejicano su pabellón de guerra» y de meterse, derecha y estoque en mano, en los asuntos de Méjico. No fué sino después, cuando la conducta de Francia reveló el pensamiento de *DERRIÈRE LA TÊTE* de Napoleón III y el general Prim hubo salvado á España de una postura infinitamente ridícula, cuando cambió de actitud y tomó respecto de Méjico una de exquisita deferencia respecto del emperador francés y de compasiva simpatía hacia el Imperio lucubrado por Gutiérrez Estrada, Almonte y el famoso D. José Hidalgo, prendido desde entonces con veinte alfileres á las faldas de la familia imperial de Francia: jamás un diplomático, por la espumosa consistencia de su medula cerebral y por sus instintos de abrigarse en regazos tibios, ha tenido mayor semejanza con un falderillo de casa rica. ¡Y pensar que hombres así han podido influir tan gravemente en nuestros destinos!

☪ Pero volvamos á nuestra situación en sesenta y uno. Seguros, pues, del conflicto con España, que nos iba á encontrar en la más cruel miopía y en la mayor fatiga, todo lo que hiciésemos por aumentar el peligro complicando á otra potencia en las miras de España, todo lo que no hiciéramos, aun á costa de sacrificios en que todo se da, menos la nacionalidad: la bolsa, y el vestido, y la hoja de parra si es necesario, pero no la vida; todo lo que no evitáramos ó impidiéramos era un suicidio, era el salto en el abismo. M. de Saligny (esto lo ha visto admirablemente el autor de *EL VERDADERO JUÁREZ*) no era más que un corredor pagado por De Morny para hacer bueno el pseudo-crédito Jecker, nacido de una estafa gigantesca concertada con los reaccionarios. M. de Saligny desde que llegó á Méjico se hizo cargo de la situación: el Gobierno que ocupaba la capital era la casa que iba á desplomarse; hasta las ratas lo abandonaban: guardó una reserva prudente y esperó el triunfo, indefectible ya, de los liberales. Sucedió esto y entonces el ministro de Francia mostró sus credenciales sin entregarlas. El ministerio Ocampo-Emparan duró pocos días; apenas el tiempo necesario para instalar en la capital á Juárez y tomar dos ó tres medidas de salud pública propuestas por Ocampo: la expulsión del ministro de España (otros también lo fueron; pero eso no tenía valor alguno, eran muy insignificantes), la de los obispos, la de la cesantía de los empleados que habían servido á la reacción, las le-

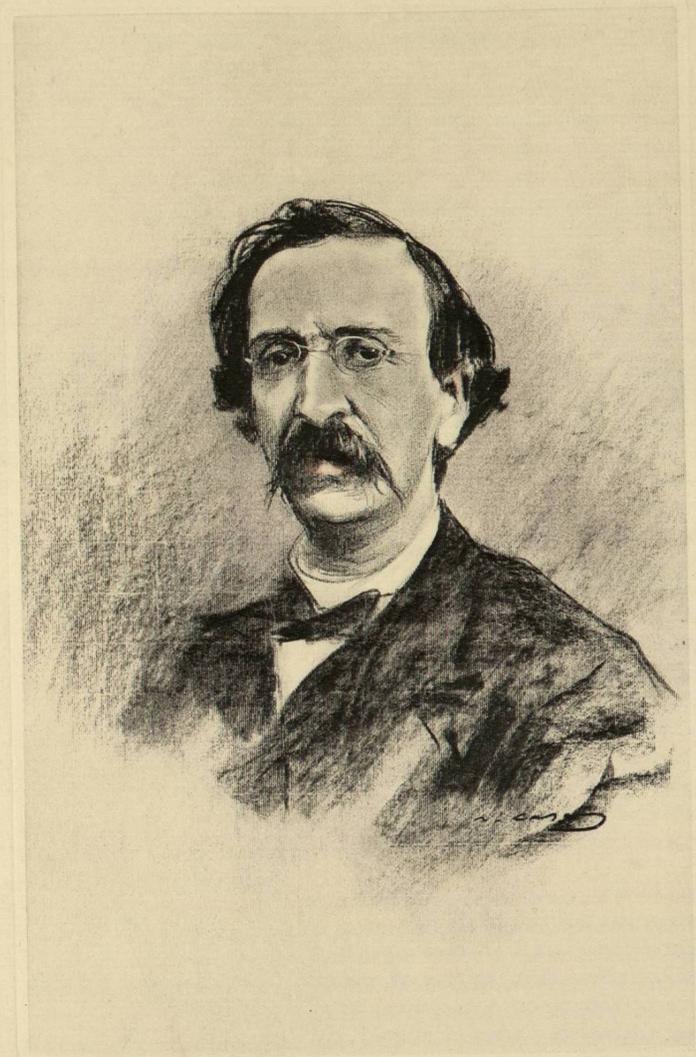
Don Francisco Zarco



medida que la Unión americana iba entrando en el gran charco de sangre de la guerra civil, y conforme se aclaraba en los Gabinetes la conciencia de que el conflicto perduraba y de que la secesión sería inevitable, los deseos del Gobierno de la Reina Católica tomaban cuerpo y se hacían cada vez más ostensibles.

Desde antes de la convención de Londres, cuando el secretario de Estado de Abraham Lincoln propuso al Gobierno de Juárez pagar durante cinco años por cuenta de Méjico los intereses de nuestra deuda exterior consolidada al tres por ciento, España dejó ver su decisión de no contentarse con satisfacciones momentáneas, sino de exigir las que resultan del empleo victorioso de la fuerza. Y poco después, cuando ya los Estados Unidos estaban maniatados por la necesidad de los esfuerzos supremos contra los confederados, cuando la Europa occidental creyó necesario unirse para crear una monarquía en Méjico, entonces su lenguaje subió de tono, y calzó el coturno; entonces habló de «hacer ondear en el Golfo Mejicano su pabellón de guerra» y de meterse, derecha y estoque en mano, en los asuntos de Méjico. No fué sino después, cuando la conducta de Francia reveló el pensamiento de mantener la teta de Napoleón III y el general Prim hubo salvado á España de una postura infinitamente ridícula, cuando cambió de actitud y tomó respecto de Méjico una de exquisita deferencia respecto del emperador francés y de compasiva simpatía hacia el Imperio lucubrado por Gutiérrez Estrada, Almonte y el famoso D. José Hidalgo, prendido desde entonces con veinte afileres á las baldas de la familia imperial de Francia: jamás un diplomático, por la espumosa consistencia de su medulla cerebral y por sus instintos de abrigarse en regazos tibios, ha tenido mayor semejanza con un falderillo de casa rica. ¡Y pensar que hombres así han podido influir tan gravemente en nuestros destinos!

¶ Pero volvamos á nuestra situación en agosto y uno. Seguros, pues, del conflicto con España, que nos iba á encontrar en la más cruel miopía y en la mayor fatiga, todo lo que hicimos por aumentar el peligro complicando á otra potencia en las miras de España, todo lo que no hicimos, aun á costa de sacrificios en que todo se da, menos la nacionalidad: la bolsa, y el vestido, y la hoja de parra si es necesario, pero no la vida; todo lo que no quitáramos ó impidiéramos con un suspiro, ora el calor en el alma. M. de Saligny (esto lo ha visto admirablemente el autor de *Los verdaderos franceses*) no es más que un corredor pagado por De Morny para hacer llegar al presidente *lecker*, nacido de una familia plebeya, un despacho con los sellos de la familia imperial. M. de Saligny desde que llegó á Méjico se hizo cargo de la casa que ocupaba la capital era la casa que iba á ser destruída por los liberales: guardó una reserva prudente y repugnó á las exigencias de los liberales. Sucedió esto y entonces el ministro de Francia envió sus credenciales sin entregarlas. El ministro Ocampo, que no se había dado apenas el tiempo necesario para instalar en la capital á Juárez y tomar las medidas de salud pública propuestas por Ocampo: la capataz del ministro de España (otros también lo hicieron; pero eso no tenía valor alguno, eran muy insignificantes), la de los obispos, la de la renuncia de los empleados que habían servido á la reacción, las le-



Don Francisco Narco

yes AD TERRORUM contra los altos funcionarios vencidos. Estas medidas radicales, revolucionarias, jacobinas, obedecían á una mira política muy práctica y muy prudente de Juárez; no se las ha visto más que en sí mismas y no en sus fines políticos; la verdad es que eran tan necesarias para el Gobierno como para las que iban á resultar víctimas.

¶ Al retirarse Ocampo y entrar á la dirección del departamento de relaciones don Francisco Zarco, que era el periodista más autorizado del partido triunfante, el que había logrado en EL SIGLO XIX, mayor influencia sobre la burguesía, una nueva política exterior quedó iniciada. Dado el golpe que se había propuesto para satisfacer las exigencias de su propia dignidad, el Gobierno adoptó con muy buen consejo el camino de atenuar las consecuencias de sus actos y de impedir á todo trance las complicaciones á que podían dar lugar. Así entendió las cosas Zarco, y todo lo orientó á este fin de salvación de la cosa pública. Esto explica las condescendencias de aquel ministerio con el representante de Francia. Unos porque costaba poquísimo trabajo y ayudaba siempre á dar gallardía á una actitud caballerosa ante los bobos el proferir bravatas internacionales, y otros porque juzgaban (en aquellos días de exaltación desmedida de ciertos grupos políticos que se imponían á las masas de Panurgo por sugestión ó por miedo ó por el efecto puramente excitante que en el sistema nervioso causan los gritones), porque juzgaban, decíamos, con el criterio jacobino formulado en la célebre exclamación: «Perezcan las colonias y sálvense los principios», lo cierto es que las terribles censuras, preludio de las que hoy se descargan á mandoble limpio, no escaseaban sobre la cabeza de aquel asendereado gabinete. Y eso que de él formaban parte, con Zarco, D. Ignacio Ramírez, encargado de los departamentos de Justicia, Instrucción Pública y Fomento; González Ortega, el más popular de los caudillos, el ídolo del clan de LOS ROJOS, y D. Guillermo Prieto, que saltó, de las cuerdas de la lira en que había cantado las glorias de las guerras de Reforma, al ministerio de Hacienda en donde debía desembocar el Pacto de los bienes nacionalizados, que resultó un río de descrédito y bancarrota á pesar de las buenas intenciones del ministro y de la prodigiosa laboriosidad y la impecable prudencia del subsecretario D. José María Iglesias. Sólo Ocampo, sólo Miguel Lerdo ocupaban puestos más altos en la opinión que los ministros mencionados. ¿A quiénes mejor que á ellos pudo confiar Juárez la tarea de sortear los escollos que se multiplicaban ante la proa de la nave?

¶ Dubois de Saligny insinuó á Zarco la conveniencia de tomar en consideración los créditos absolutamente ilegales de Jecker; tal era su empresa, ése su negocio. Eludir hasta una conversación sobre ese capítulo era lo rigurosamente legítimo; pero no era así como podíamos entrar con Francia en conferencias que la impidieran tomar parte con España en una intervención (la palabra ya corría de boca en boca). Zarco oyó, explicó sin duda la historia y el carácter de aquel TRIPOTAGE impuro; pero el conde insistió, parapetado en dos circunstancias que daban cierta especiosidad á sus instancias. Cierto, Jecker no era francés (era suizo), pero varios súbditos franceses habían comprado bonos Jecker: ¿quién debía reembolsarlos? El Gobierno reaccionario era un Gobierno intruso, pero era